

Colosenses 1.21–23

Reconciliación por medio de Cristo

En los versículos 21 al 23, Pablo analizó la condición de perdidos en que se encontraban anteriormente los Colosenses. Gracias a la reconciliación de ellos por la muerte de Jesús, ellos ahora serían presentados santos y sin mancha delante de Dios, si se mantenían en la fe.

LA CONDICIÓN ANTERIOR DE ELLOS (1.21)

... ²¹Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras...

«... erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras» (1.21)

Pablo primero describió la situación anterior de ellos con las siguientes palabras: **[aunque] erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras**. Además de este versículo, solo hay otros dos en que aparece «extraños» (ἀπαλλοτριώω, *apallotriōō*), y estos son Efesios 2.12 y 4.18, donde se traduce por «ajenos». En Efesios se aplica específicamente a los gentiles, pero aquí tiene una aplicación más amplia, a personas con una diversidad de antecedentes que había dentro de la comunidad colosense (Colosenses 3.11). La expresión «enemigos» (ἐχθρός, *echthros*) se traduce a veces por «hostiles». En el pasado, los colosenses habían estado alienados de Dios. Las mentes de ellos habían sido hostiles a Este, no porque Dios así lo quería, sino por causa de la propia rebeldía de ellos contra Él.

La actitud de ellos los había llevado a participar de prácticas pecaminosas, de modo que ellos, al igual que los demás (Romanos 3.23), estaban separados de Dios por causa del pecado (Isaías 59.1–2). Debido a sus mentes rebeldes, ellos se

habían apartado de Dios, haciendo que Este se apartara de ellos. El pensamiento impío lleva a acciones insolentes. El resultado es que Dios responde con hostilidad a los que actúan con hostilidad para con Él (Levítico 26.21, 23–24, 27–28, 40–41). Una mentalidad mundana hace difícil una aceptación de la reconciliación que Jesús ha hecho posible.

La «mente» (διάνοια, *dianoia*) ha de ser considerada la fuente del entendimiento y del pensamiento. Es a veces sinónimo de *kardia*, que puede ser la fuente de las acciones buenas o malas. Las acciones malas están relacionadas con pensamientos malos (Génesis 8.21; Salmos 10.3–4).

A pesar de que los gentiles tenían suficientes pruebas de la existencia de Dios, ellos rehusaban aceptar la realidad de Dios (Romanos 1.19–20). Rechazaban a Dios intencionalmente (Romanos 1.28). Pablo escribió:

Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón (Éfesios 4.17–18).

Llegaron a ser malos porque excluyeron a Dios de su pensamiento (Romanos 1.28–32).

Los hacedores de maldad son enemigos de Dios. Santiago escribió: «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios» (Santiago 4.4). Dios hizo posible la reconciliación para Sus enemigos por medio del sacrificio de Jesús. «Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida» (Romanos 5.10).

La necesidad de reconciliación se basa en el hecho de que Dios aborrece el pecado y la rebeldía (Salmos 5.5; 11.5; Proverbios 6.16, 19; Jeremías 12.8; Hebreos 1.9). Si los hacedores de maldad continúan obstinadamente desechando Su voluntad, él los aborrecerá a ellos también y no los amará más (Oseas 9.15). Su ira permanece sobre los que no obedecen a Jesús y no siguen la verdad de Este (Juan 3.36; Romanos 1.18; 2.5, 8; Efesios 5.6; Colosenses 3.6).

La justicia de Dios impone como requisito que el pecado sea castigado. Debido a que este requisito fue cumplido por medio de la muerte de Jesús, Dios está preparado para recibir a los que obedezcan a Jesús (Hebreos 5.9). En la medida que Dios ha hecho Su parte para reconciliar a los pecadores consigo, estos deben cambiar sus actitudes de hostilidad y buscar la reconciliación.

LA RECONCILIACIÓN DE ELLOS POR MEDIO DE LA MUERTE DE CRISTO (1.21b–22)

... ^{21b}ahora os ha reconciliado ²²en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él;

«... ahora os ha reconciliado ²²en su cuerpo de carne, por medio de la muerte» (1.21b–22a)

Apesar de que los colosenses habían sido enemigos en su mente, para con Dios, y a pesar de que la ira de Este estaba sobre ellos, Jesús hizo posible la amistad por medio de Su muerte. Pablo dijo: **ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte**. Esta idea se relaciona con una frase del versículo 20: «... haciendo la paz mediante la sangre de su cruz».

Fueron dos cosas las que se lograron por medio de la muerte de Jesús: 1) Quitó el obstáculo de pecado que impedía la reconciliación, y 2) por Su compasión y amor, él proporcionó el motivo para que los que eran enemigos en su mente, llegaran a ser amigos dedicados de Dios. Si el tierno cuidado que Jesús mostró por Su muerte en la cruz, no puede conmover los corazones de la humanidad rebelde, entonces tal vez nada podrá hacer que ellos sean amigos de Dios. Con menor motivación que esta, el obediente Abraham fue llamado amigo de Dios, debido a que estuvo dispuesto a sacrificar a su hijo Isaac (Santiago 2.22–23).

Cuando era un ser espiritual, Jesús no podía llegar a ser sacrificio por el pecado. El hombre solo puede dar muerte a un cuerpo (vea Mateo 10.28). Jesús tuvo que tomar un cuerpo humano (Hebreos 10.5) para que pudiera morir por nuestros pecados.

Los sacrificios animales, que no podían quitar el pecado, no eran más que sombra que prefiguraba la muerte de Jesús (Hebreos 10.1–4). Por la muerte de Su cuerpo, Jesús abrió el camino a la presencia de Dios (Hebreos 10.19–20).

Las palabras «cuerpo de carne» (τὸ σῶμα τῆς σαρκός, *to sōma tēs sarkos*, «el cuerpo de la carne») responde a la doctrina de los anticristos que negaban que Jesús había venido en la carne (2ª Juan 7). Los gnósticos contendían que Jesús era espíritu puro y que jamás existió en un cuerpo humano. Ellos enseñaban que lo material es tan totalmente contrario a la naturaleza de Dios, que no había posibilidad de que Este habitara alguna vez la carne humana. El Espíritu Santo, por medio de Pablo, pudo haber estado preparando a los cristianos para refutar las falsas enseñanzas de los maestros gnósticos (1ª Timoteo 4.1). El apóstol tenía más que decir acerca de la carne, en 2.11.

Jesús contó una parábola acerca de un hijo extraviado que se llegó a reconciliar con su padre. Él había dejado el hogar de su padre y había pecado contra el cielo y contra su padre al despilfarrar toda su herencia (la mitad de los ahorros de su padre) viviendo perdidamente. Al hacer esto, él ofendió a su padre y se separó de este. No obstante, el padre estaba dispuesto a recibirlo de vuelta. El padre no fue al hijo; antes, el hijo tuvo que volver al padre (Lucas 15.11–24). La reconciliación entre el padre y el hijo tuvo lugar en el hogar del padre.

De una manera parecida, la humanidad ha llegado a estar separada de Dios debido al pecado. Jesús ha hecho posible la reconciliación con el Padre al llevar sobre sí los pecados del mundo (1ª Pedro 2.24). Por medio de la muerte de Jesús en la carne, Dios hizo posible la reconciliación; pero la humanidad debe encontrarse con Dios en Cristo, con el fin de ser reconciliada con Él.

Pablo escribió a los corintios: «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación» (2ª Corintios 5.19). Él aconsejó a aquellos hermanos a reconciliarse con Dios (vers.º 20). Dios está esperando en Cristo para perdonar los pecados. La reconciliación con Dios, se encuentra únicamente en Cristo; jamás se asevera que se encuentra fuera de Este. Jesús ya ha terminado de hacer la parte de nuestra reconciliación que le corresponde a Dios. La gente debe emprender acciones para entrar en Cristo, de modo que puedan ser reconciliados con Dios. Este es el lugar donde Dios y el hombre pueden encontrarse en armonía y en amistad. La entrada en Cristo ocurre por medio del bautismo

(Romanos 6.3; Gálatas 3.26–27).

«... para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él» (1.22b)

Pablo mencionó el propósito de la muerte de Jesús: ... **para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él**. Por medio del sacrificio de Su cuerpo para quitar todos los pecados, Jesús hizo posible que los colosenses fueran santos y sin mancha e irrepreensibles. Él los reconcilió con el fin de presentárselos a sí mismo sin la mancha del pecado. Pablo usó tres adjetivos para recalcar la condición purificada de los que serán presentados a Jesús:

1. «Santos» (*ἅγιοι, hagioi*) es una condición positiva de pureza. Esta cualidad ponía a los colosenses en una categoría aparte de la gente mala del mundo. La misma palabra se traduce también por «santos» en 1.2.
2. «Sin mancha» (*ἄμωμοι, amōmoi*) significa que los colosenses serían presentados a Jesús libres de impureza, libres de culpa, sin imperfección. Ellos habían sido purificados por la sangre de Jesús, de modo que ningún mal proceder se podía hallar en ellos. *Amōmoi* se usa para hacer referencia a la iglesia que ha sido purificada y santificada por la sangre de Jesús (Efesios 5.26–27; vea también Efesios 1.4; Judas 24; Apocalipsis 1.5). También se refiere a Jesús en Hebreos 9.14 y en 1^{era} Pedro 1.19, donde a Este se le compara con un cordero sacrificial sin defecto. La palabra no aparece en ningún otro versículo del Nuevo Testamento.
3. «Irrepreensible» (*ἀνέγκλητοι, anegklētoi*) significa que ninguna acusación de culpabilidad podía lanzarse contra ellos, porque Jesús los había reconciliado por Su sangre, quitando la mancha de sus pecados. Pablo es el único que usó esta palabra en el Nuevo Testamento. Él aseguró a los corintios que Jesús los confirmaría para que fueran irrepreensibles en el día del Señor (1^{era} Corintios 1.8). Para servir como ancianos o diáconos, los escogidos habían de ser personas que no tuviesen acusación contra ellos (1^{era} Timoteo 3.10; Tito 1.6–7)

Estos tres términos expresan la misma idea de estar sin pecado delante de Dios gracias a la reconciliación proporcionada por la sangre de Jesús. Pablo aseveró que la iglesia que Jesús ha purificado y ha hecho sin mancha, se compone de aquellos a quienes Él

se presentará a sí mismo como una iglesia gloriosa y sin mancha (Efesios 5.25–27).

Debido a las obras pecaminosas, no hay nadie que sea justo (Romanos 3.9–10); nadie tiene santidad personal, ni está carente de mancha, ni es irrepreensible a los ojos de Dios. Estas son cualidades que vienen únicamente por la obra de Jesús. Pablo expresó la misma idea en Efesios (1.4 y 5.27). Lo que hace que las personas estén a derecho con Dios, es que sean purificadas por la sangre de Jesús; los que han sido purificados ya no son culpables. Expresado positivamente, Jesús ha hecho posible que los que tienen fe sean presentados «santos» delante de Él; expresado negativamente, Él puede hacer que «[no tengan] mancha» y sean «irrepreensibles». Los pecadores pueden ser purificados de modo que ellos estén sin la más mínima cantidad de culpa. Esto es necesario porque nadie que tenga pecado (Juan 8.21) y sea inmundo, entrará en el cielo (Apocalipsis 21.27).

La Ley (representada por Moisés; Juan 5.45) acusaba a los que la quebrantaban y lanzaba sobre ellos una maldición (Gálatas 3.10). La palabra de Jesús juzgará a los que lo rechacen (Juan 12.48). Para los que han sido purificados por la sangre de Jesús, no habrá nada que se pueda tener contra ellos y no habrá quien los culpe de nada. Dios no los acusará, pues ellos han sido reconciliados con Él por la sangre de Jesús. Jesús no los acusará porque Él ha llevado los pecados de ellos. Satanás no podrá acusarlos, porque él ha sido derrotado (Apocalipsis 12.10). Ni siquiera la conciencia de ellos los condenará, porque habrán sido purificados (Hebreos 9.14; 10.22) por el bautismo (1^{era} Pedro 3.21). Al no haber nadie que presente acusaciones contra ellos, serán irrepreensibles.

La purificación por la obediencia a la verdad (1^{era} Pedro 1.22) comienza como un evento que ocurre una sola vez en el bautismo, cuando todos los pecados son lavados (Hechos 2.38; 22.16). Esta purificación continúa para los que andan en la luz y confiesan sus pecados a Dios (1^{era} Juan 1.7–9). Debido a que los que perseveran en la fe tienen purificación continua, ellos estarán sin mancha cuando sean presentados a Jesús en el Día del Juicio.

Jesús proporcionó este perdón por medio de un solo sacrificio en la cruz (Hebreos 7.27; 9.26–28; 10.10–12, 14). Él no necesita ofrecerse repetidamente en sacrificio por el pecado. Después que Jesús terminó Su único sacrificio por el pecado, Él se sentó. Él terminó Su obra, de modo que podía sentarse, no teniendo necesidad de levantarse y de sacrificarse otra vez.

Jesús será el juez que estará sobre el trono

(Mateo 25.31–32; Hechos 17.31; 2ª Corintios 5.10; 2ª Timoteo 4.1). A los que han sido purificados con Su sangre no se presentarán acusaciones de mal proceder en contra de ellos. Debido a que serán considerados puros a los ojos de Él, ellos serán presentados sin mancha a Jesús.

EL REQUISITO DE FIDELIDAD DE ELLOS (1.23)

... ²³si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio que habéis oído, el cual se predica en toda la creación que está debajo del cielo; del cual yo Pablo fui hecho ministro.

«... si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio» (1.23a)

En esta vida no podemos ser presentados a Dios «santos, sin mancha e irreprehensibles». Este evento es solamente para los que permanecen fieles: ... **si en verdad permanecéis fundados y firmes en la fe, y sin moveros de la esperanza del evangelio.** (La frase «en la fe», que en el griego son dos palabras, τῆ πίστει [*tē pistei*], «la fe», se encuentra en el caso dativo. Al añadir «en» es necesario dar a conocer el objeto de «permanecéis».)

El ser presentados sin culpa delante de Dios es condicional. Esto se expresa en el griego εἴ (*ei*, «si»). Los que serán presentados sin culpa delante de Dios son los que permanecen en la fe. No es suficiente haber tenido fe una vez. Seremos presentados puros por Jesús solamente *si* permanecemos en la fe. La vida eterna se da a «los que, perseverando en bien hacer, buscan gloria y honra e inmortalidad» (Romanos 2.7). Los que serán presentados a Él sin la culpa del pecado son los que por la fe comienzan a seguir a Jesús y permanecen en la fe.

El hecho de que los lectores no están exentos de mal proceder, es indicado también por la cuidadosa advertencia del versículo 23: la condición primordial de salvación para ellos, es que permanezcan firmemente arraigados en la fe y resueltamente comprometidos con la esperanza que llegaron a conocer en el evangelio (cf. 1.5)...¹

En el Día del Juicio, los pecados de los redimidos no serán mencionados. Cuando Dios perdona pecados, estos son olvidados y ya no son recordados (Hebreos 8.12). La hermosura de andar

¹ David M. Hay, *Colossians (Colosenses)*, Abingdon New Testament Commentaries (Nashville: Abingdon Press, 2000), 68.

continuamente en la luz con Jesús, y de la confesión de pecados, consiste en que la sangre de Este está continuamente lavándolos (1ª Juan 1.7–10).

Al escribir «si», Pablo dio a entender que los que no permanecen en la fe no serán presentados santos, sin mancha e irreprehensibles. La expresión «permanecer en la fe» significa que la posibilidad de la apostasía es real. Los que permanecen en Cristo a causa de la fe en Este, son los que serán presentados a Dios y serán recibidos por Él.

Si permanecían en la fe, los colosenses estaban «fundados», «firmes» y «sin [moverse] de la esperanza del evangelio». La expresión «la fe» se refiere al conjunto de las enseñanzas de Cristo.² Nuestra meta, también, debe ser permanecer en la fe como Pablo lo describió.

La expresión «fundados» (τεθεμελιωμένοι, *tethemeliōmenoi*) es un participio perfecto en griego, que indica que los colosenses fueron fundados y debían permanecer en esta condición. Insinúa que se ha provisto de material de base para una estructura, tal como el cimiento de una casa o de la tierra (Mateo 7.25; Hebreos 1.10). En un sentido espiritual, se refiere a una segura base para la vida espiritual de uno (Efesios 3.17).

La expresión «firmes» (ἑδραῖοι, *hedraioi*) expresa la idea de estar firmemente sujetos. La expresión «fundados y firmes» podría ser una referencia a la solidez de un edificio bien construido que ha sido puesto sobre un cimiento sólido. Los que obedecen las enseñanzas de Jesús, están edificados sobre un fundamento incommovible, donde permanecen firmes y seguros en el tiempo de la prueba (Mateo 7.24–27). Él es nuestra Roca espiritual (1ª Corintios 10.4). Es sobre Él que la iglesia se edifica (Mateo 16.18); no hay otro fundamento (1ª Corintios 3.11).

La expresión «sin moveros» podría ilustrarse con una embarcación anclada que está sostenida en una posición fija a pesar de los feroces vientos y las turbulentas olas. Pablo instruyó a los efesios en el sentido de no ser llevados por todo viento de enseñanza (Efesios 4.14). En 1.5, mencionó la «esperanza» que los hermanos de Colosas habían encontrado en el evangelio. Ellos podían darse cuenta del galardón de esa esperanza si permanecían en la fe. Los falsos maestros podrían tratar de persuadirlos a seguir otras enseñanzas (2.8); sin embargo, para que ellos agradaran a Dios, los colosenses debían seguir el conjunto de las enseñanzas de Jesús.

² La expresión «fe» es usada con este sentido en otros pasajes, que incluyen Efesios 4.5; Filipenses 1.27; 2.17; 1ª Timoteo 1.2; 3.9; 4.1; 5.8; 6.10, 21; 2ª Timoteo 3.8; 4.7; Tito 1.1, 13; Hebreos 12.2; Judas 3.

«... que habéis oído, el cual se predica [...] del cual yo Pablo fui hecho ministro» (1.23b)

Esa enseñanza era el evangelio **que** [ellos habían] **oído, el cual se** [predicaba] en toda la creación bajo el cielo; **del cual** [Pablo había sido] **hecho ministro**. Esta es la primera vez que Pablo hace uso de «yo» (primera persona del singular) en Colosenses, indicando que Él escribió la carta.

Era de Epafras, que los colosenses habían «oído» (vea 1.7) el evangelio. Lo que él les enseñó era el mismo evangelio que los mensajeros de Dios estaban predicando en todo lugar (Marcos 16.15). El mensaje de Cristo es el mismo para todo el mundo, tanto para judíos como para gentiles (Hechos 15.11; Romanos 1.16; 2.6–11). Los mismos requisitos, restricciones, libertades, promesas y bendiciones son para todos los cristianos.

El gran mensaje del evangelio «se [había predicado] en toda la creación que está debajo del cielo» (vers.º 23b). La expresión «toda», al igual que en 1.6, se refiere a todas las cosas que pertenecen a una categoría dada a entender por el autor; no se refiere a todas las cosas posibles. Pablo no dio a entender que el evangelio se había predicado en toda región de la tierra. En Lucas 2.1–3, el decreto salido de Roma decía que *todo* el mundo fuese empadronado, lo cual dio como resultado que «todos» fueran para ser empadronados. En realidad, solamente los que vivían en el mundo romano fueron empadronados; no lo fueron todas las personas de todo el mundo. La hambruna de los días de Elías, se dijo que se extendió por «toda la tierra» (Lucas 4.25), dando a entender la totalidad de la tierra de Israel. La palabra «toda» es limitada en cuanto a la extensión que abarca. El uso que se hace aquí de la expresión «toda la creación» comunicaba que entre los que fueron enseñados se incluían más que judíos: el mundo gentil también se había incluido en la invitación del evangelio.

Pablo se refirió a sí mismo como «ministro» (δίακονος, *diakonos*) de este evangelio de Cristo. Él usó la misma palabra para referirse a Epafras en 1.7, donde se traduce por «siervo».

Como verdadero ministro del evangelio y siervo de Cristo, Pablo deseaba que los colosenses se dieran cuenta de la universalidad de su mensaje. El evangelio es para todos los seres humanos en todo lugar.

APLICACIÓN

Reconciliación por medio de Cristo

A veces se suscita conflicto entre dos personas, dando como resultado que se separen. Otras veces,

una persona ofende a otra, haciendo que la ofendida se aparte de aquella. La reconciliación es necesaria para hacer que dos personas vuelvan a juntarse.

Por el pecado, la humanidad ha ofendido a Dios, y esto ha separado al hombre de Él. Es necesaria la reconciliación. Son tres partes las que participan en la reconciliación: el ofensor, el ofendido y el mediador. En vista de que Dios previó la ruptura de la relación que se suscitaba por causa del pecado del hombre, Él concibió un plan que haría posible la reconciliación.

La humanidad es la ofensora. A partir del momento mismo en que se produce el pecado de Adán y Eva, todos los descendientes de estos han pecado y han sido destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3.23). El resultado de rebelarse contra el camino de Dios es la separación de Él. Él es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él (1^{era} Juan 1.5). Los que andan en las tinieblas del pecado no pueden tener comunión con Él (1^{era} Juan 1.6). Nuestros pecados nos separan de Dios (Isaías 59.1–2). Los pecadores no perdonados están lejos (Efesios 2.13) y están alienados de Dios a causa de sus malas obras (Colosenses 1.21).

Dios es el ofendido. Dios ama la justicia y aborrece el pecado (Hebreos 1.9). Su ira se manifiesta en contra de toda impiedad (Romanos 1.18). Él aborrece a los que se entregan a la iniquidad (Salmos 5.5; 11.5), incluyendo a los falsos testigos y los que esparcen discordia entre los hermanos (Proverbios 6.16–19). La gente se puede rebelar de tal manera contra Dios que Él llega a aborrecerlos.

Debido a la justicia y a la santidad de Dios, él no puede permitir que el pecado quede impune. Si alguien irrumpiera en la casa de otro y quebrara las sillas y las mesas, echara tierra en el piso y destruyera otros enseres de la casa, la justicia exigiría que debe enmendarse el mal que hubiera sido hecho. Esto significaría pagar dinero al ofendido por la destrucción de lo que había en la casa.

El pecado ofende a Dios. En el tribunal de Dios, el justo castigo para el pecado es la muerte (Romanos 6.23). Todos son dignos de muerte, pues todos han pecado y no han podido vivir al nivel de la justicia de Dios (Romanos 3.23). Con el fin de entender qué ofende a Dios y qué puede producir muerte, debemos entender qué es lo que Él considera pecado. Podemos pecar al participar en cosas que sean cuestionables que hagamos (vea Romanos 14.23); al actuar fuera de los parámetros de la ley (1^{era} Juan 3.4); al participar en actividades injustas (1^{era} Juan 5.17); o al no hacer las cosas que sabemos que debemos hacer (Santiago 4.17).

Cuando medimos el pecado por el estándar de Dios, debemos concluir con Él que «no hay justo,

ni aun uno» (Romanos 3.10). Esto significa que todos hemos ofendido a Dios. Si decimos que no tenemos pecado, o que no hemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y llamamos a Dios mentiroso (1^{era} Juan 1.8, 10). Debido a nuestros pecados, nosotros somos injusticia. No tenemos nada. Nada que podamos hacer, enmendará los pecados que hemos cometido (Efesios 2.8–9).

Jesús es nuestro mediador (1^{era} Timoteo 2.5). Jesús es el único que puede mediar entre nosotros y Dios para llevarnos a términos amistosos con Este porque: Él está igualmente relacionado con el hombre y con Dios, y Su valor supera al de toda la humanidad.

1) Jesús llegó a ser humano para poder entendernos y mediar por nosotros. Fue hecho como nosotros para poder ser «misericordioso y fiel sumo sacerdote» (Hebreos 2.17). Él puede ser conmovido por nuestras debilidades porque Él fue «tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4.15). Si él no hubiera llegado a ser humano, Él no podría entender nuestra grave situación ni mediar justamente por nosotros.

2) El hecho de ser Deidad significa que Él está al mismo nivel del Padre, y que puede ser respetado por el Padre como nuestro mediador. Jesús está relacionado igualmente con el hombre y con Dios. Al haberse hecho carne (Juan 1.14) Él llegó a ser el Hijo del Hombre (Mateo 9.6). Al mismo tiempo Él es el Hijo de Dios (Lucas 1.35). Él puede mediar imparcialmente entre el hombre y Dios.

3) Jesús hizo posible una amistad entre el hombre y Dios al tomar sobre sí mismo los pecados del hombre y al recibir el castigo de muerte por esos pecados. Para poder hacer esto, Él tuvo que estar sin pecado. Como Hijo del Hombre que no pecó, y como Hijo de Dios, Él llevó sobre sí mismo nuestros pecados con el fin de que nosotros pudiéramos ser hechos justos (1^{era} Corintios 15.3; 2^a Corintios 5.21; 1^{era} Pedro 2.24a; 3.18a).

4) Jesús es el Cordero de Dios que puede quitar los pecados del mundo (Juan 1.29). La muerte de un hombre, específicamente la muerte de un hombre pecador, no puede pagar por los pecados de todo el mundo. Para que pudiera hacerse una excepción, alguien tendría que ser o tener el mismo o mayor valor que toda la humanidad. Jesús fue tal persona, pues Él fue de mayor valor que todo el mundo; por lo tanto, Él pudo llevar sobre sí mismo nuestros pecados y pagar por nuestra deuda de pecado. Por medio de Su muerte, Él abrió el camino para que nosotros seamos perdonados. Él hizo posible que nosotros fuéramos hechos amigos de Dios y que tuviéramos reconciliación con Dios.

5) Por medio de la sangre derramada en la cruz,

Jesús proporcionó una manera para que nosotros podamos estar en paz con Dios (1.20), dándonos el potencial para ser presentados delante de Dios, santos, sin mancha e irreprochables (1.22). Esta misma promesa se hace a la iglesia, el cuerpo de los salvos (Efesios 5.23–27).

Nosotros somos los ofensores, los pecadores, y Dios es el ofendido por causa de nuestros pecados. Debido a nuestra amistad con el pecado, nosotros llegamos a ser enemigos de Dios (Santiago 4.4); pero Jesús ha hecho posible una amistad con Dios. Dios hizo esto por medio de Jesús (2^a Corintios 5.18–19) debido a Su amor por el mundo (Juan 3.16).

Dios ha hecho todo lo que planeaba hacer y todo lo que necesitaba hacer para realizar nuestra reconciliación con Él. Él nos ha proporcionado el conocimiento de esta reconciliación por medio de la Palabra de la reconciliación, que nos revela que ya no es necesario que nuestros delitos sigan siendo presentados en contra nuestra (2^a Corintios 5.19). No obstante, la reconciliación exige una respuesta de parte de nosotros. Dándose cuenta de esto, Pablo hizo este ruego: «... os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios» (2^a Corintios 5.20b).

6) El lugar donde Dios y el hombre pueden encontrarse en términos amistosos es en Cristo, el lugar de la reconciliación. «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2^a Corintios 5.19). Para poder encontrarnos con Dios y ser Sus amigos, debemos estar en Cristo. Nosotros entramos en Cristo por el bautismo (Romanos 6.3; Gálatas 3.26–27). Para poder permanecer en Cristo, nosotros debemos guardar los mandamientos de Este (1^{era} Juan 2.3–5).

Ninguno de nosotros es justo. Nuestros pecados nos separan de Dios. Por esta razón necesitamos a Cristo, nuestro mediador. Jesús puede hacer realidad la reconciliación debido a quién es Él.

La reconciliación y la plenitud de Cristo (1.20)

Tal vez el más grande beneficio de la plenitud que habita en Cristo, es la reconciliación. Debido al pecado, todo el mundo dentro de la especie humana, ha sido separado de Dios (Romanos 3.10, 23). Los que mueren en sus pecados no pueden estar con Jesús. El plan que concibió Dios antes de la creación del universo, consistía en proporcionar reconciliación por la muerte de Jesús.

La reconciliación es posible gracias a la plenitud de Jesús (vers.º 20a). La paz ha sido hecha posible por la sangre que Él derramó en la cruz (vers.º 20b). Dios ha decretado que el pecado pueda ser perdonado únicamente por derramamiento de sangre (Hebreos 9.22). La sangre de animales no

podía quitar pecados (Hebreos 10.4). Solamente la sangre de Jesús puede proporcionar entrada a la presencia de Dios (Hebreos 10.19–20).

Por Su sangre, Jesús proporcionó la oportunidad para la reconciliación para todos los que están separados de Dios. La remoción de pecado hace posible la reconciliación. Un hombre de negocios puede disolver una sociedad debido a que su socio no ayuda a proveer para las necesidades de su negocio. Siempre y cuando el socio sea perezoso y no trabaje, su asociado puede negarse a hacer negocios con él. Puede ser restituido a la sociedad si trabaja y paga sus deudas. Jesús ha pagado nuestra deuda de pecado y ha hecho posible una relación amistosa con Dios.

La reconciliación y la mente hostil (1.21)

Los que tienen mente hostil, eligen no hacer la voluntad de Dios. Tienen corazón duro y no arrepentido; ellos «no obedecen a la verdad, sino que obedecen a la injusticia» (Romanos 2.5a, 8). Mientras una persona se mantenga permitiendo que el pecado se interponga entre ella y Dios, ella es enemiga de Dios (Santiago 4.4).

Cuando las personas participan en las malas obras, ellas son separadas de Dios. El no hacer la voluntad de Dios las vuelve inicuas a los ojos de Él. Dios ama la justicia y aborrece la maldad (Hebreos 1.9).

Una madre ama profundamente a su hijo. No obstante, si ese hijo destroza continuamente el corazón de la madre, al pisotear todo lo que es sagrado para ella, ella puede mostrar su desagrado por medio de decirle al hijo que, mientras continúe hiriéndola de tal manera, ella se desentenderá de él. Dios tiene fuertes sentimientos para con el pecado. Los que le desobedecen se separan a sí mismos de Él por tal rebeldía.

Reconciliación y recreación (1.22–23)

La reconciliación por medio de Jesús nos hace santos, sin mancha e irreprochables (vers.º 22). Un solo microbio letal en un vaso de agua hace que la totalidad del vaso se vuelva indeseable. Del mismo modo, el pecado contamina, no solo una parte, sino la totalidad del alma. Los que son espiritualmente inmundos, no pueden entrar en el cielo (Apocalipsis 21.27). Por medio de Su muerte, Jesús ha hecho posible la remoción de todo el pecado, de modo que podamos estar sin culpa en el Día del Juicio.

Alguien que esté escribiendo a máquina comete una cantidad de errores, pero si cada error es corregido, puede producir una página libre de errores. Jesús puede hacer libres de pecado nuestras

vidas por medio de la sangre que Él derramó. Una vez que los pecados son perdonados, estos jamás volverán a ser recordados (Hebreos 8.12). El cuerpo de personas que Jesús se presentará a sí mismo sin ningún pecado, es la iglesia (Efesios 5.25–27). Él puede hacer esto porque Él se dio a sí mismo con el fin de purificar la iglesia por medio del lavamiento con la Palabra. Un cheque no tiene valor a menos que esté respaldado por dinero en el banco. Del mismo modo, el agua y la Palabra no tienen poder en sí mismos para limpiar de pecado a la gente; pero por medio de ellos la gente es perdonada gracias al poder de la sangre de Jesús.

Los que permanecen en la fe (vers.º 23) serán presentados santos, sin mancha e irreprochables. Esta promesa depende de que se permanezca fiel a Jesús. Él es el esposo; cada miembro de la iglesia, la esposa de Cristo, está relacionado con Jesús del mismo modo que una esposa con su esposo. Un esposo puede repudiar a una esposa infiel (Mateo 19.9), y Jesús romperá Su relación con los cristianos que son infieles a Él (Juan 15.4–6). Debido al poder perfeccionador de la sangre de Jesús, los que permanecen en la fe pueden tener seguridad de que serán recibidos por Jesús del mismo modo que una esposa es recibida por su esposo.

Permaneced en la fe (1.23)

El ser presentados delante de Dios depende de la obra de Jesús y de nuestra fidelidad. Pablo usó la palabra «si» (vers.º 23a) para indicar que nuestro estatus delante de Dios es condicional. Diferentes advertencias han sido hechas por Jesús y los autores del Nuevo Testamento para ayudarnos a darnos cuenta de que debemos mantener la fe con el fin de ser salvos.

Para recibir las bendiciones de Dios, debemos:

- Permanecer en las palabras de Jesús para ser Sus discípulos, y para conocer la verdad y así ser libres (Juan 8.31–32).
- Permanecer en Jesús y llevar fruto para Él (Juan 15.2–6).
- Guardar los mandamientos de Jesús con el fin de permanecer en Su amor (Juan 15.9–10).
- Perseverar en hacer el bien con el fin de recibir gloria, honra y vida eterna (Romanos 2.7).
- Permanecer en la bondad de Dios (Romanos 11.22).
- Permanecer en la fe con el fin de ser presentados santos, sin mancha e irreprochables (Colosenses 1.22–23).
- Perseverar en las enseñanzas de Cristo con

el fin de tener seguridad de la salvación (1^{era} Timoteo 4.16).

- Retener la confianza y la esperanza para ser considerados casa Suya (Hebreos 3.6).
- Retener firme hasta el fin nuestra confianza (Hebreos 3.14–16) para ser participantes de Cristo.
- Permanecer en la ley de la libertad para ser bendecidos (Santiago 1.25).
- Permanecer en las enseñanzas de Jesús para tener al Padre y al Hijo (2^a Juan 9).

Se nos advierte en contra de recaer. En la parábola del sembrador mencionó a los que se apartan a causa de las tentaciones (Lucas 8.13). Pablo golpeaba su cuerpo para no ser descalificado (1^{era} Corintios 9.27). Él puso a Israel como ejemplo para advertir del peligro de recaer (1^{era} Corintios 10.6–12; Hebreos 4.11). Los cristianos pueden recaer y alejarse tanto que no podrán volver a Dios (Hebreos 6.6).

Las Escrituras enseñan que nosotros podemos recaer de la gracia de Dios (Gálatas 5.4) y de nuestra fe (1^{era} Timoteo 4.1). Hacer a un lado nuestra promesa, es otra forma como podemos recaer (1^{era} Timoteo 5.12). Debemos mantenernos

firmes y no apartarnos de la verdad.

Para ser galardonados por Dios, debemos resistir hasta el fin (Mateo 24.13), no desmayar (Gálatas 6.9), ocuparnos en nuestra salvación (Filipenses 2.12), obedecer a Jesús (Hebreos 5.9), ser fieles hasta la muerte (Apocalipsis 2.10b), no ser vencidos por el mundo (2^a Pedro 2.20), y hacer la voluntad de Dios (1^{era} Juan 2.15–17). Debemos vencer los males de la vida para evitar que nuestros nombres sean borrados del libro de la vida (Apocalipsis 3.5). Los que no están escritos en el libro de la vida serán echados al fuego (Apocalipsis 20.15).

Los cristianos deben guardarse de recaer y llegar a estar perdidos. Para estar seguros de una entrada en el reino eterno, hemos de añadir virtudes a nuestra fe (2^a Pedro 1.5–11). Si hacemos estas cosas, jamás caeremos.

Jesús ha hecho posible que seamos presentados a Dios sin que se presente ninguna acusación contra nosotros. No obstante, para que Él haga esto, nosotros debemos permanecer en la fe. Si no seguimos el camino de la vida de Dios, seremos cortados; si en verdad lo seguimos, jamás recaeremos (Juan 15.6; Romanos 11.22).

Autor: Owen D. Olbricht
© Copyright 2007 por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados